

VI

Cómo se distribuyen los efectos de una causa primordial.—Comunidad de los elementos.—Composición de los grupos.—Ley de las dependencias mutuas.—Ley de las influencias proporcionales.

Falta inquirir de qué modo se distribuyen los efectos de esas causas en una nación ó en un siglo. Así como las aguas de un manantial elevado se reparten según las alturas, y descendiendo de piso en piso, hasta llegar al fin á la capa más baja del suelo, así la disposición de espíritu suscitada en un pueblo por la raza, el momento ó el medio se difunde en proporciones diferentes y mediante descensos regulares por los diversos órdenes de hechos que componen su civilización (1). Si se traza el mapa geográfico de un país á partir de la divisoria de las aguas, vemos dividirse las vertientes, por debajo del punto común, en cinco ó seis cuencas principales, luego cada una de éstas en varias cuencas secundarias, y así sucesivamente hasta que la comarca entera con sus millares de accidentes queda comprendida en las ramificaciones de esa red. De análoga suerte, si se traza el mapa psicológico de una civilización, se encuentran desde luego cinco ó

(1) Consúltese, para ver esta escala de efectos coordinados: Renán: *Lenguas semíticas*, cap. I.—Mommson: *Comparación de las civilizaciones griega y romana*, cap. II, vol. I, 3.^a edic.—Tocqueville: *Consecuencias de la democracia en América*, volumen III.

seis regiones bien delimitadas: la religión, el arte, la filosofía, el Estado, la familia, las industrias; después, en cada una de esas regiones, departamentos naturales, y, en cada uno de esos departamentos, territorios menores, hasta que se llega á esos detalles innumerables de la vida que observamos diariamente en nosotros y alrededor de nosotros. Si ahora se examinan y se comparan entre sí esos diversos grupos de hechos, se verá que están compuestos de partes, y que todos tienen partes comunes. Consideremos primeramente las tres obras principales de la inteligencia humana: la religión, el arte y la filosofía. ¿Qué es una filosofía sino una concepción de la naturaleza y de sus causas primordiales, bajo forma de abstracciones y de fórmulas? ¿Qué hay en el fondo de una religión y de un arte sino una concepción de esa misma naturaleza y de esas mismas causas primordiales, bajo forma de símbolos y de personajes más ó menos precisos, con la diferencia de que, en el primer caso, se cree que existen, y, en el segundo, que no existen? Considere el lector alguna de esas grandes creaciones del espíritu en la India, en Escandinavia, en Persia, en Roma, en Grecia, y verá que en todas partes el arte es una especie de filosofía sensibilizada, la religión una especie de poema tenido por verdadero, la filosofía una especie de arte y de religión reducida á las ideas puras. Así, pues, en el centro de cada uno de esos tres grupos hay un elemento común: la concepción del mundo y de su principio; y si difieren entre sí, es porque cada uno combina con el elemento común un elemento distinto: aquí el poder de abstraer; allí la facultad de personificar y de creer; más allá el talento de personificar sin creer. Tomemos ahora las dos obras principales de la asociación humana: la familia y el Es-

tado. ¿Qué es lo que constituye el Estado sino el sentimiento de obediencia por cuya virtud se reúne una multitud de hombres bajo la autoridad de un jefe? ¿Y qué es lo que constituye la familia sino el sentimiento de obediencia por cuya virtud la mujer y los hijos obran bajo la dirección del marido y del padre? La familia es un estado natural, primitivo y restringido, como el Estado es una familia artificial, ulterior y ampliada; y en la sociedad pequeña como en la grande, en medio de las diferencias debidas al número, al origen y á la condición de los miembros, se discierne fundamentalmente una misma disposición de espíritu que las aproxima y une. Suponed ahora que ese elemento común recibe del medio, del momento ó de la raza caracteres propios, y es claro que *todos los grupos en que entra se modificarán en consonancia*. Si el sentimiento de obediencia no es más que temor (1), como en la mayoría de los Estados orientales, encontraréis la brutalidad del despotismo, la prodigalidad de los suplicios, la explotación del súbdito, el servilismo de las costumbres, la inseguridad de la propiedad, el empobrecimiento de la producción, la esclavitud de la mujer y los hábitos del harem. Si el sentimiento de obediencia tiene por raíz el instinto de la disciplina, la sociabilidad y el honor, como en Francia, encontraréis la perfecta organización militar, la gran jerarquía administrativa, la falta de espíritu público juntamente con las sacudidas del patriotismo, la pronta docilidad del súbdito con las impacencias del revolucionario, las genuflexiones del cortesano con las resistencias del caballero, el atractivo delicado de la

(1) Montesquien: *Espiritu de las leyes, Principios de los tres gobiernos*.

conversación y de la sociedad con las miserias del hogar y de la familia, la igualdad de los esposos y la imperfección del matrimonio bajo el yugo necesario de la ley. Si, en fin, el sentimiento de obediencia tiene por raíces el instinto de subordinación y la idea del deber, como en las naciones germánicas, hallaréis la tranquilidad y felicidad del hogar, el sólido asiento de la vida doméstica, el desarrollo tardío é incompleto de la vida mundana, la innata deferencia hacia las dignidades establecidas, la superstición del pasado, el mantenimiento de las desigualdades sociales, el respeto natural y habitual á la ley. De igual suerte, según sea la aptitud de una raza para las ideas generales, así serán su religión, su arte, su filosofía. Si el hombre es naturalmente idóneo para las más amplias concepciones universales, á la vez que propenso á alterarlas por la sobreexcitación nerviosa de su organización, se verá, como en la India, una asombrosa profusión de gigantescas creaciones religiosas, un florecimiento espléndido de epopeyas desmesuradas y transparentes, un laberinto extraño de filosofías sutiles é imaginativas, tan conexas todas entre sí y tan penetradas de una savia común, que, por su amplitud, por su color, por su desorden, se reconocerán al punto como producciones del mismo clima y del mismo espíritu. Si el hombre, á la inversa, naturalmente sano y equilibrado, limita la extensión de sus concepciones para precisar mejor su forma, se verá, como en Grecia, una teología de artistas, dioses distintos separados pronto de las cosas y transformados en personas casi desde el primer instante, un sentimiento borroso de la unidad universal apenas conservado en la vagnación del Destino, una filosofía sutil y precisa más que grandiosa y sistemática, limitada en la alta meta-

física (1), pero incomparable en la lógica, la sofística y la moral, una poesía y un arte superiores por su claridad, por su naturalidad, su medida, su verdad y su belleza, á cuanto se ha visto nunca. Si el hombre, por último, reducido á concepciones estrechas y privado de toda penetración especulativa, se halla á la vez absorbido y entumecido por las preocupaciones prácticas, se verá, como en Roma, dioses rudimentarios, simples nombres vacíos, buenos para anotar las menores particularidades de la agricultura, de la generación y del hogar, verdaderas etiquetas domésticas y rurales, y, por tanto, una mitología, una filosofía y una poesía nulas ó de préstamo. Aquí, como en todas partes, se aplica *la ley de las dependencias mutuas* (2). Una civilización forma cuerpo, y sus partes se relacionan á la manera de las partes de un cuerpo orgánico. Así como los instintos, los dientes, los miembros, el esqueleto y los músculos de un animal son cosas tan enlazadas que una variación de cualquiera de ellas determina en cada una de las otras una variación correspondiente, y algunos fragmentos bastan á un naturalista hábil para reconstruir mentalmente el cuerpo casi íntegro; así también, en una civilización, la religión, la filosofía, la forma de familia, la literatura, las artes, componen un sistema donde todo cambio local trae consigo un cambio general; de suerte que un historiador perito que estu-

(1) La filosofía alejandrina no nace sino en contacto con el Oriente. Las concepciones metafísicas de Aristóteles son aisladas, aparte de que en él, como en Platón, no son más que un bosquejo. Ved, en cambio, el vigor sistemático de Plotino, Proclo, Schelling y Hegel, ó la audacia admirable de la especulación brahmánica y búdica.

(2) He procurado expresar esta ley varias veces, sobre todo en el prólogo de los *Ensayos de crítica y de historia*.

dia una porción restringida del conjunto vislumbra de antemano y casi predice los caracteres del resto. Nada hay de vago en esa dependencia. Lo que la determina en un cuerpo vivo es, en primer término, la tendencia á manifestar cierto tipo primordial; en segundo término, la exigencia de poseer órganos que puedan proveer á sus necesidades, y de encontrarse de acuerdo consigo mismo á fin de vivir. Lo que la determina en una civilización, es el hecho de presidir á cada gran creación humana un elemento productor igualmente presente en las otras creaciones, esto es, alguna facultad, alguna aptitud, alguna disposición eficaz y notable que, teniendo un carácter propio, le introduce consigo en todas las operaciones á que concurre, y, siempre que varía, hace variar las obras en que interviene.

VII

Ley de formación de un grupo.—Ejemplos é Indicaciones.

Llegados aquí, podemos entrever los principales rasgos de las transformaciones humanas, y empezar á investigar las leyes generales que rigen, no ya simples hechos, sino clases de hechos, no ya tal religión ó tal literatura, sino el grupo de las literaturas ó de las religiones. Si se admitiese, por ejemplo, que una religión es un poema metafísico acompañado de creencia; si se notase, además, que hay ciertos momentos, ciertas razas y ciertos medios, en que la creencia, la fa-

cultad poética y la facultad metafísica se despliegan juntamente con un vigor inusitado; si se considerase que el cristianismo y el budhismo nacieron en épocas de síntesis grandiosas y entre miserias semejantes á la opresión que sublevó á los exaltados de los Cévennes; si se reconociese, por otra parte, que las religiones primitivas surgieron al despertar la razón humana, durante el más rico florecimiento de la fantasía, en tiempo del más hermoso candor y de la mayor credulidad; si se reflexionase aún que el mahometismo apareció con el advenimiento de la prosa poética y la concepción de la unidad nacional, en un pueblo desprovisto de ciencia, en el momento de un repentino desarrollo del espíritu, podría concluirse que una religión nace, declina, se reforma y se trasforma según que las circunstancias fortifican y asocian más ó menos íntima y enérgicamente sus tres instintos generadores, y se comprendería por qué es endémica en la India, entre cerebros imaginativos, filosóficos, exaltados por excelencia; por qué se despliega tan extraña y ampliamente en la Edad Media, en una sociedad opresiva, entre lenguas y literaturas nuevas; por qué volvió á levantarse en el siglo XVI con un carácter nuevo y un entusiasmo heroico en el momento del renacimiento universal y al despertar de las razas germánicas; por qué se multiplica en extrañas sectas en la ruda democracia americana y bajo el despotismo burocrático de Rusia; por qué, en fin, se encuentra hoy distribuida en Europa con proporciones y particularidades tan diferentes según las diferencias de las razas y de las civilizaciones. Lo mismo ocurre con cada especie de producción humana, con la literatura, la música, las artes del dibujo, la filosofía, las ciencias, el Estado, la industria, etc. Cada una tiene por causa

directa una disposición moral ó un concurso de disposiciones morales: dada esa causa, aparece; ausente esa causa, desaparece; la debilidad ó la intensidad de esa causa, miden su debilidad ó su intensidad propias. Se liga á ella como un fenómeno físico á su condición, como el rocío al enfriamiento de la temperatura ambiente, como la dilatación al calor. Hay en el mundo moral, como en el mundo físico, pares de términos, tan rigurosamente encadenados y tan universalmente difundidos en el uno como en el otro. Todo lo que produce, altera ó suprime el primer término de uno de esos pares, produce, altera ó suprime, de rechazo, el segundo término. Todo lo que enfría la temperatura ambiente hace que se deposite el rocío. Todo lo que desarrolla la credulidad al mismo tiempo que las concepciones poéticas generales, engendra la religión. Así han sucedido las cosas; así seguirán sucediendo. Desde el punto en que sabemos cual es la condición suficiente y necesaria de una de esas vastas apariciones, nuestra inteligencia abarca el porvenir como el pasado. Podemos decir con certidumbre en qué circunstancias deberá renacer, prever sin temeridad varias partes de su historia próxima y bosquejar con circunspección algunos rasgos de su desarrollo subsiguiente.

VIII

Problema general y porvenir de la historia.—Método psicológico.—
Valor de las literaturas.—Objeto de este libro.

A tal altura se encuentra hoy la historia, ó, más bien, está muy cerca de ella, en el umbral de esa investigación. El problema planteado en este momento es el siguiente: Dada una literatura, una filosofía, una sociedad, un arte, tal clase de artes, ¿cuál es el estado moral que la produce, y cuales son las condiciones de raza, de momento y de medio más apropiado para producir ese estado moral? Hay un estado moral distinto para cada una de esas formaciones y para cada una de sus ramas; lo hay para el arte en general, y para cada especie de arte; para la arquitectura, para la pintura, para la escultura, para la música, para la poesía; cada una tiene su germen privativo en el vasto campo de la psicología humana; cada una tiene su ley, y en virtud de esa ley la vemos surgir fortuitamente, en apariencia, y completamente sola en medio de los abortos de sus congéneres, como la pintura en Flandes y en Holanda en el siglo XVII, como la poesía en Inglaterra en el siglo XVI, como la música en Alemania en el siglo XVIII. En esos momentos y en esos países, se han visto reunidas las condiciones necesarias para un arte, y no las precisas para los otros, y brotó una rama sola en medio de la esterilidad gene-

ral. Esas reglas de la vegetación humana son las que al presente debe inquirir la historia; lo que importa es hacer esa psicología especial de cada formación; lo que importa es componer el cuadro completo de esas condiciones esenciales. Nada más delicado y más difícil. Montesquieu acometió la empresa; pero, en su tiempo era demasiado nueva la historia, para que pudiese salir airoso: no se sospechaba siquiera el camino que debía seguirse, y apenas si hoy empezamos á entreverle. Así como en el fondo la astronomía es un problema de mecánica, y la fisiología un problema de química, así en el fondo la historia es un *problema de psicología*. Hay sistemas particulares de impresiones y operaciones interiores que engendran respectivamente el artista, el creyente, el músico, el pintor, el nómada, el hombre social: en cada uno de éstos varían la filiación, la intensidad, las dependencias de las ideas y de las emociones; cada uno de ellos tiene su historia moral y su estructura propia, con alguna disposición primordial y algún carácter dominante. Para explicar cada una de estas naturalezas habría que escribir un capítulo de análisis íntimo, y hoy apenas si se halla esbozado ese trabajo. Sólo un hombre lo ha emprendido, Stendhal, merced á un sello singular de espíritu y de educación, y al presente aún la mayor parte de los lectores estiman sus obras paradójicas y oscuras: su talento y sus pensamientos eran prematuros. No se han comprendido sus admirables adivinaciones, las profundas frases que siembra como de pasada, la asombrosa exactitud de sus notaciones y de su lógica. No se ha visto que, con sus apariencias de hombre de mundo y en el tono de la conversación corriente, explicaba los mecanismos internos más complicados, ponía el dedo en los grandes resortes, é in-

troducía en la historia del corazón los procedimientos científicos, el arte de cifrar, de descomponer y deducir; no se ha visto que era el primero que señalaba las causas fundamentales, es decir, las nacionalidades, los climas y los temperamentos; que trataba, en suma, los fenómenos internos como deben tratarse, como naturalista y como físico, haciendo clasificaciones y pesando fuerzas.

Por todo eso se le ha juzgado seco y excéntrico, y ha permanecido aislado, escribiendo novelas, viajes, apuntes, para los cuales sólo deseaba y obtenía veinte lectores. Y, sin embargo, aun hoy, en sus libros es donde podrán encontrarse los ensayos más á propósito para allanar el camino que he tratado de describir. Nadie ha enseñado mejor á abrir los ojos y á mirar, á mirar ante todo los hombres que nos rodean y la vida presente, y después los documentos antiguos y auténticos; á leer algo más que lo escrito, á ver, al través de la añeja impresión ó de los garabatos de un texto, el sentimiento exacto, el movimiento de ideas, el estado de espíritu en que el autor escribía. En sus publicaciones, en las de Sainte-Beuve, en las de los críticos alemanes, es donde verá el lector todo el partido que puede sacarse de un documento literario: cuando ese documento es rico, y sabemos interpretarle, descubrimos en él la psicología de un alma, frecuentemente la de un siglo, y á veces la de una raza. En este respecto, un gran poema, una bella novela, las confesiones de un hombre superior son más instructivas que un cúmulo de historiadores y de historias; yo daría cincuenta volúmenes de cartas y privilegios y cien volúmenes de protocolos diplomáticos por las memorias de Cellini, por las epístolas de San Pablo, por los coloquios de sobremesa de Lutero ó las comedias de Aristófanes. Tal es la impor-

tancia de las obras literarias: son instructivas porque son bellas; su utilidad crece con su perfección; y si suministran documentos, es porque son monumentos. Cuanto más visibles hace un libro las ideas y sentimientos, más literario es; porque el oficio propio de la literatura es la notación de las ideas y sentimientos. Cuanto mayor es el número de ideas y sentimientos importantes que pone de relieve, más alto lugar alcanza en la literatura; porque si un escritor logra atraerse las simpatías de toda una nación y de todo un siglo, es por representar la manera de ser de todo un siglo y de toda una nación. He aquí por qué, entre los diversos documentos que ponen delante de la vista la intimidad de las pasadas generaciones, el mejor incomparablemente es una literatura, sobre todo una gran literatura: se parece á esos aparatos admirables, de una sensibilidad extraordinaria, por medio de los cuales discernen y miden los físicos los más íntimos y delicados cambios de un cuerpo. Las constituciones y las religiones no llegan á tanto: los artículos de códigos y de catecismos no pintan jamás el espíritu sino *grosso modo* y sin delicadeza; si hay documentos en que adquieran vida la política y el dogma, son los discursos elocuentes del púlpito y de la tribuna, las memorias, las confesiones íntimas, y todo eso pertenece á la literatura; de modo que ésta, amén de su propio dominio, abraza lo bueno de los demás. Así, pues, el estudio de las literaturas es el que ha de servir principalmente para construir la historia moral y encaminarse hacia el conocimiento de las leyes psicológicas de que dependen los acontecimientos.

Yo me propongo aquí escribir la historia de una literatura é investigar en ella la psicología de un pueblo. No sin motivo escogí la inglesa. Había que encontrar un pueblo que tuviese una gran literatura completa, y

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAYES"

Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

28553

eso es raro: existen pocas naciones que hayan pensado y escrito, verdaderamente, durante toda su vida. Entre los antiguos, la literatura latina es nula al comienzo, y después prestada é imitada. Entre los modernos, la literatura alemana presenta un gran vacío durante dos siglos (1); la literatura italiana y la española acababan á mediados del siglo xvii. Sólo la Grecia antigua y la Francia é Inglaterra modernas, ofrecen una serie completa de grandes monumentos expresivos. He elegido Inglaterra, porque, viviendo aún y estando sometida á la observación directa, puede ser mejor estudiada que una civilización destruida, de que no nos quedan ya más que girones, y porque, siendo distinta de la nuestra, presenta más fácilmente caracteres acentuados á los ojos de un francés. Por otro lado, esa civilización tiene la particularidad de que, á más de su desarrollo espontáneo, ofrece una desviación forzada por haber sufrido la última y la más eficaz de todas las conquistas, y de que los tres elementos de que ha salido: la raza, el clima y la invasión normanda, pueden observarse en los monumentos con una precisión perfecta; de modo que, en esa historia, se estudian los dos motores más poderosos de las transformaciones humanas: la naturaleza y la presión exterior; y pueden estudiarse sin incertidumbre ni laguna en una serie de monumentos auténticos é íntegros. Yo he tratado de definir esos primitivos resortes, de mostrar sus efectos graduales, de explicar cómo han acabado por dar vida á las grandes obras políticas, religiosas y literarias, y de exponer el mecanismo interno por cuya virtud el sajón bárbaro ha llegado á ser el inglés que vemos en el día.

(1) De 1550 á 1750.

HISTORIA DE LA LITERATURA INGLESA

LIBRO PRIMERO

Los orígenes.

CAPITULO PRIMERO

LOS SAJONES

- I. La antigua patria.—El suelo, el mar, el cielo, el clima.—La nueva patria.—El país húmedo y la tierra ingrata.—Influjo del clima sobre el carácter.
- II. El cuerpo.—La alimentación.—Las costumbres.—Los instintos rudos en Germania y en Inglaterra.
- III. Los instintos nobles en Germania.—El individuo.—La familia.—El Estado.—La religión.—El *Edda*.—Concepción trágica y heroica del mundo y del hombre.
- IV. Los instintos nobles en Inglaterra.—El guerrero y su jefe.—La mujer y su marido.—Poema de Beowulfo.—La sociedad bárbara y el héroe bárbaro.
- V. Poemas paganos.—Indole y fuerza de los sentimientos.—Sello del espíritu y del lenguaje.—Vehemencia de la impresión y rudeza de la expresión.
- VI. Poemas cristianos.—Predisposición de los sajones al cristianismo.—Cómo se convierten al cristianismo.—Cómo entienden el cristianismo.—Himnos de Coedmon.—Himno de los funerales.—Poema de Judit.—Paráfrasis de la Biblia.
- VII. Por qué no penetra en los sajones la cultura latina.—Razones derivadas de la conquista sajona.—Beda, Alcuino, Alfredo.—Traducciones.—Crónicas.—Compilaciones.—Im-